

UNA DEMOCRACIA PARA SER VIOLADA

ESCRIBE monseñor Tarancón en su "Carta cristiana" que "el espectáculo que nos ofrecen las democracias actualmente no es demasiado halagüeño". Ni el de las teocracias: la de Jomeini o la de del general Zia son peores. Y el Imperio de Bokassa I. Y las dictaduras de Pinochet y de Videla. El espectáculo que nos ofrecen regímenes como el de Nicaragua o El Salvador son, francamente, menos halagüeños. Ni lo son los de los países socialistas... Puede decirse, en realidad, que la vida no es un espectáculo demasiado halagüeño. Y no sólo hoy. Ayer tampoco lo era. Ni anteayer. Ni en la época en la que los antidemócratas utilizaban el espeluznante pareado de "Tarancón al paredón". Que, felizmente, se ha pasado de moda. Por eso el cardenal matiza que la "sociedad democrática, precisamente por ser la menos mala, es la más compleja y la más difícil de realizar". Para ello "necesita un requisito previo: un nivel cultural medio en los individuos y un rearme moral en las conciencias". ¿Será, entonces, que no estamos maduros, como se decía antes? Pero la verdad es que la madurez y la moral, la cultura sólo se pueden conseguir plenamente cuando se ha conseguido plenamente la democracia. Quizá lo que estamos pagando ahora no es la democracia, sino la falta de democracia durante tanto tiempo: la falta de una libertad y de una extensión en la cultura, la falta de una libertad en el examen amplio y serio de los temas de la ética, de la moral, de la conciencia.

Una de las complejidades para el establecimiento de la democracia es esta figura de la retórica política por la cual los actos salvajes de los enemigos de la democracia se convierten en acusaciones contra la democracia. Algo tan absurdo como si en los casos de violación se culpaba a las muchachas por tener un sexo violable. ¿Si fueran hombres, no les pasaría eso! ¿Y no será culpable el atracado por salir a la calle para que le atraquen? Tan pronto se culpa de debilidad a un Gobierno que aumenta cada día los efectivos de la Policía y emite un Decreto-Ley severo que coloca al frente del Ministerio del Interior a un general enérgico como se acusa a unos partidos políticos que viven, desde su legalidad, en la impotencia de la oposición, sin un solo cargo en la Administración pública; con sólo unos Ayuntamientos a los que rápidamente se ha privado de su antigua condición de organizadores del orden público. O se culpa a los desnudos en cines, teatros y publicaciones, a los anticonceptivos, a los que ponen puestos en las calles...

Todos los que están en esta campaña lo están, precisamente, por la democracia. Es a ella a la que deben libertad para expresarse contra ella misma. Parece que en esto consiste la grandeza de la democracia. Y su servidumbre. ■

POZUELO



Hay un asalto organizado contra la democracia, un atentado que se dispara desde unas bandas de asesinos que emiten una ideología aparentemente de izquierda (la cafetería madrileña tras la explosión).

de la izquierda se concierta con la "minoría mayoritaria" que trata de gobernar dará una sensación de abandono a quienes la votan, y adquirirá el desgaste del Gobierno sin poder dirigir el país. Por otra parte, la "minoría mayoritaria" trabaja sus alianzas en el sentido contrario; necesita ser una oposición a la oposición, una barrera contra cualquier forma, aun atenuada, aun reducida, de socialismo. Es su justificación exterior e interior. Su política ha sido la de ir reduciendo a una "minoría mínima" a la extrema derecha, surgida del mismo tronco que ella. Lo ha conseguido desde un punto de vista político, aunque el poder que despliega esa minoría mínima es todavía temible, sin relación con su número.

PERO es preciso que las palabras de Santiago Carrillo no se olviden, que se tengan en cuenta en esta coyuntura. Hay un asalto organizado contra la democracia, un atentado que se dispara desde unas bandas de asesinos que emiten una ideología aparentemente de izquierdas, para producir la amplificación y la reacción de los otros enemigos de la democracia. La situación va teniendo una urgencia. Y es concretamente en ese caso, ante esta amenaza común, en el que deben buscarse acuerdos conjuntos. Si se pone al país en la tesitura de elegir entre democracia y antidemocracia, todos aquellos que coinciden en que el país tiene que ser antes que nada una democracia deben coincidir en las medidas de defensa.

Y la defensa de la democracia sólo se puede conseguir reforzando, precisamente, todo lo que tiene de positivo, de original y de característico la democracia. Es algo que el Gobierno administra con demasiada avaricia. ■